

# UN ALMUERZO

Llegó a *La Tour* algo después de la una. No tenía automóvil, o eso parecía, y sus ropas, excesivamente informales para el sitio, despertaron la agría bienvenida de esas gentes que siempre están afuera, estudiando los pequeños detalles. Tenía una expresión afable, la cara alargada bajo la calva incipiente, y una pequeña cartera de mano, de cuero negro.

Un hombre tieso le preguntó, tal vez demasiado seguro de si mismo:

-¿El señor tiene reservación?

-Oh, no, lo olvidé por completo -dijo sonriendo. Hizo una breve pausa, que utilizó para deslizar un atractivo billete en la mano del camarero-. ¿No se podrá hacer algo, por esta vez?

-Me parece bastante difícil, señor. Tal vez podría pasar a la barra mientras averiguo.

-Buena idea.

Al rato, mientras sostenía un escuálido whisky, apareció de nuevo el empleado. Ahora el hombre, antes de que mediaran las palabras, ofreció abiertamente otro billete. Era su última posesión monetaria.

-En cosa de diez minutos se desocupará una mesa. Espéreme por favor.

Ya instalado, con comodidad, procedió a estudiar el menú mientras se enfrentaba a su segundo whisky. Eligió una entrada de langosta que lucía incitante y una especialidad de la casa, lomito a la camboyana. Sonaba bien, aunque los precios podían asustar a cualquiera que estuviese en condiciones de sumar. Escogió, luego de una breve consulta, un blanco francés que prometía un ensamble perfecto.

Bebió y comió, diríase que mansamente. Con la parsmonia de los entendidos, evaluando cada bocado con concentrada lujuria. Cerca de su mesa se sentaron luego dos mujeres, que comenzaron a observarlo con alguna curiosidad: muy poca gente almorzaba sola en ese sitio.

La de vestido castaño se había sentado casi enfrente de él y parecía la más comunicativa de las dos: hablaba con la vivacidad de la juventud, mientras su pelo oscuro desafiaba al gris azulado de sus ojos. La otra, a la que él sólo podía observar de perfil, era sin duda algo mayor, aunque también atractiva. Ambas bebían con dedicación.

Fue el hombre quien primero se atrevió a quebrar la débil barrera que los separaba: ante una pregunta de la más joven sobre cierto plato hizo una abierta inclinación de cabeza, como para disipar sus dudas, y le sonrió a través de la copa. Pero fue ella, entonces, quien habló:

-Si eso fue un consejo, le doy las gracias. Detesto pedir aquello de lo que después no disfruto.

-Muy comprensible. Debemos buscar sólo la sabiduría que nos acerque al placer.

Ella rió, más por el tono algo burlón de la respuesta que por la frase misma. El continuó comiendo, aparentemente imperturbable, con lentitud.

Un puente se había establecido entre ellos, aunque todavía frágil. Durante un buen rato no hubo más que miradas, esbozadas sonrisas, mientras ellas apenas conversaban entre sí. Cuando la mujer de los ojos grises probó el lomito levantó la cabeza: hizo un parco gesto de satisfacción, bebió un poco de vino y dijo, en voz alta:

-De verdad es delicioso.

El cambió de actitud. Había sido reservado y un poco displicente, pero de pronto pareció animarse, como si se desprendiera de algo rígido que lo hubiese estado conteniendo.

-Me alegro -dijo-. Veo que por lo menos tenemos algunos gustos en común.

-¿Cuál otro?

-Perdón, mi nombre es Johan. Johan Olivera. Bueno, me refiero al hecho de que, por estar aquí, ya estamos compartiendo ciertas cosas. Y no se qué pensará al respecto, pero a mí sus ojos me resultan fascinantes. Nunca había visto una tonalidad igual.

Ellas rieron.

-Yo me llamo Thamara; gracias por el cumplido.

-Mucho gusto -dijo más seriamente la otra-. Mi nombre es Julia.

Conversaron, intermitentemente, un poco más. Por fin Thamara atravesó los cubiertos sobre el plato y se decidió a preguntar, atrevida:

-Discúlpeme, ya sé que soy demasiado curiosa, pero hay algo que me causó extrañeza desde un principio: ¿está usted solo?

-Sí, porque todavía nadie me ha invitado a su mesa.

-Oh, por favor, puede sentarse con nosotras.

-No se preocupe, era un juego. Aunque acepto la invitación como si fuese en serio-. Se movió, calmo, con su copa en la mano, dejando la cartera en un ángulo de su mesa. -En realidad usted, o tú, si me permites tutearte, has hecho una pregunta penetrante -miró hacia su cartera, sólo un instante, pero con un movimiento nervioso que intrigó aún más a Thamara-. La verdad es que nunca suelo almorzar aquí, ni pensaba hacerlo. Fue como un

impulso, ese tipo de cosas que uno no discute consigo mismo porque sabe que de todos modos las va a hacer. Pasaba cerca, con la intención de hacer otra cosa bien distinta y me dije: "Vamos Johan, ¿y por qué no tomar antes un buen almuerzo? Eso no va cambiar para nada tu destino". Y entré.

-¿Sin reservar previamente? -remarcó Julia.

-Eso fue fácil. Les di a los camareros una buena propina, en realidad todo el efectivo que llevaba.

-Si no fuera por la forma en que lo dices no te creería una sola palabra -dijo Thamara-. Resulta todo tan loco. ¿De veras que no estás bromeando?

-Puedes creerme, no hay razón para que tenga que mentirte en esto.

Johan pidió otra botella del agradable vino, que ellas aceptaron con gusto. Thamara intentaba sin fortuna clasificar al hombre: no pertenecía a ese ambiente, pero tampoco era un simple aventurero a la caza de oportunidades; se notaba su clase. Podía ser alguna forma de intelectual, un profesional con cultura pero de mediano éxito, pensó.

-¿A qué te dedicas, Johan?

-Por ahora al buen vino -la pausa, la mirada que regresó otra vez hacia la cartera negra, les confirmaron a ellas que él evadía cualquier precisión sobre sí mismo-. Hasta hace muy poco tenía algunos negocios, asuntos relacionados con la construcción, pero ahora estoy alejado ya de eso. Estoy en una época de cambios en mi vida que no sé hasta donde me llevará. A veces siento que no hay nada que pueda llegar a interesarme, a apasionarme realmente.

-Sueno interesante -dijo Thamara.

Pero Julia pensó otra cosa; estuvo a punto de decirle: "Sonaría interesante si no se te viera tan deprimido, al borde casi de aceptar tu derrota", pero se contuvo ante la amargura velada del desconocido. Quiso ser más discreta:

-Hay que saber apreciar esos momentos, no dejarse dominar por la confusión; los chinos dicen que toda crisis es, en el fondo, una oportunidad.

El acogió el consejo con una sonrisa algo triste pero Thamara, en cambio, comenzó a hablar de sí misma. Hizo un recuento poco convincente de los sufrimientos que le había deparado su breve matrimonio; habló de su soledad, de su vida sin demasiados objetivos y su falta de interés por todo:

-Cuando te vi allí, solo, pensé que debías ser un poco como yo; alguien tal vez deseoso de vivir pero siempre acosado por problemas insignificantes, alguien que no encuentra el medio apropiado para darse a conocer, que aún no puede exhibir lo que es capaz de hacer por sí mismo.

Se sucedieron las botellas con regularidad. La tarde iba pasando sin que nadie mirase los relojes, lejos del calor de la calle y del movimiento del sol. Julia observaba como ya Thamara, otra vez, iba comprometiéndose en una aventura sin sentido: ese hombre era culto, sin duda inteligente, pero era uno más de esos náufragos que recorren los bares de Caracas, sin nada que dar, aunque, en este caso, sin pedir tampoco compasión. Ellos hablaban, solazándose en el halago mutuo, definiendo los contornos de una relación que parecía adquirir con velocidad su propia forma. Por eso ella decidió dejarlos solos por un rato. Fue hacia el baño y luego se deslizó hacia el teléfono que había en un rincón del bar. Hizo varias llamadas, dando tiempo a Thamara para que decidiera lo que quisiese hacer durante el resto del día.

Cuando regresó tuvo una sorpresa: algo había pasado. En vez del acercamiento, de la divertida o sensual aproximación de la conquista, se halló ante un silencio desolador. Johan tenía los codos sobre la mesa, ambas manos extendidas sobre su dilatada frente; ella estaba seria, como desconcertada, aunque cerca de él. Julia entendió, además, que ya habían bebido demasiado y que quizá imprudentemente habían hablado de esos temas que casi siempre es preciso eludir.

-Es cierto -dijo él en su susurro, como si no advirtiera la presencia de Julia- absolutamente cierto.

-Pero no, no puedes hacerlo -respondió Thamara con expresión casi de dolor-. Julia, acompáñame un momento.

Se retiraron, apenas un par de minutos. Cuando regresaron, ambas tenían en sus rostros una inequívoca huella de preocupación. El estaba ahora en su mesa, abriendo la cartera.

-¿Te vas ya? -dijo con voz quebrada Thamara.

-Sí, definitivamente. Por eso les ruego, por su bien, que regresen a su sitio.

Ellas quedaron frente a él, detenidas en el espacio que separaba a ambas mesas. Entonces el hombre, con decisión, sacó una pistola de su bolso de mano. La llevó hasta su boca y dijo:

-Lo tenía decidido antes de entrar aquí. Les doy las gracias por haberme acompañado.

Y disparó.

*Carlos Sabino*

Caracas, 1988